

La noche de la Usina

Eduardo Sacheri

La noche de la Usina

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Primera edición: mayo de 2016

© 2016, Eduardo Sacheri

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial,
inspirado en un diseño original de Enric Satué

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-204-1958-9

Depósito legal: B-7233-2016

Impreso en Unigraf, Móstoles (Madrid)

AL 1 9 5 8 9

*Para ustedes, amores míos.
Como todo lo demás.*

Los hechos y personajes de esta historia son ficticios,
y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Prólogo
Un hombre sentado
en un banco viejo

Hasta hace unos años a O'Connor venía el Circo de los Hermanos Lombardero. Para mayo, cuando empezaba a apretar el frío, o a veces antes si el verano había sido malo en la costa, subían por la provincia y aterrizaban en el deslinde de las últimas casas. Los chicos se enteraban enseguida porque el pueblo era más exiguo que ahora, y porque apenas descargaban los primeros carros empezaba a escucharse el ruido metálico y hueco que soltaba la estructura a medida que la levantaban.

A la gente del pueblo no le atraían, del circo, ni los payasos ni los animales cansados. El que de verdad los cautivaba era el maestro de ceremonias. Arístides Lombardero se llamaba. Algunos decían que no. Que en la intimidad de los carros rodantes su mujer lo llamaba Carlos, y que Arístides era su nombre artístico. Otros pensaban que nadie podía elegir un nombre como ese, y que la única justificación para cargar con él, como una condena, era que a uno lo hubieran bautizado así.

En mitad de la función, después de los trapeceistas, Arístides se sentaba en un banco de madera tan mustio como el resto de las instalaciones, bajo la luz impiadosa del foco más poderoso. Abandonaba la entonación ampulosa de las presentaciones de los números y adoptaba un tono casi íntimo, cercano, y empezaba a contar una historia.

Ahora que han pasado muchos años desde la última vez que vino el circo, la gente no consigue ponerse de acuerdo para decidir si Arístides era un buen narrador, a fin de cuentas. A juzgar por la devoción absorta con la que seguían sus palabras, sus gestos y sus pausas, debió serlo. Si uno piensa,

en cambio, en lo mucho que le costaba mantener el hilo de las historias, no se puede estar tan seguro.

Sus narraciones empezaban por cualquier sitio, y parecía encontrar placer en confundir al auditorio. Tenía un repertorio de quince o veinte historias. Los chicos las tenían numeradas porque cada año echaba mano a las mismas que ya había relatado. Quince o veinte, eso era todo. Suficientes para las dos o tres semanas que permanecía el circo en O'Connor. Y no demasiado extensas: duraban el tiempo necesario para que los trapecistas recuperaran las narices rojas y las pelucas ridículas o convencieran al león de salir otra vez a la arena circular.

Sin embargo, Lombardero jamás repetía una historia exactamente igual a como ya la había contado. Al público eso lo divertía y lo inquietaba. Los más memoriosos pretendían tenderle trampas, y a los gritos, desde la platea, le recordaban los hechos, le exigían que recorriese senderos ya transitados. Pero el maestro de ceremonias se burlaba de esos caprichos «de burguesitos». Así los llamaba, y los gritones, que no tenían ni la menor idea de lo que significaba ser un burguesito, sentían subir la vergüenza por la piel y por la sangre y se llamaban a silencio. Que contase lo que quisiera, como quisiera. Pero que contase.

Como un jugador socarrón y desinteresado, arrojaba imágenes, frases, escenarios inconexos. No respetaba el orden cronológico ni causal de los sucesos. No. Disparaba personajes, climas, hechos trascendentes, detalles, metáforas que nadie entendía, en una enumeración que parecía caótica. Después se ponía a contar, y era su auditorio el encargado de encontrar un hilo, una razón, un desenlace.

Si Lombardero hubiese elegido alguna vez el cuento de Cenicienta, habría empezado mirándolos a los ojos y diciendo que en ese cuento hay una búsqueda, un deseo, un hechizo roto, una vieja malvada, dos jóvenes que se enamoran mientras bailan, una niñez en soledad, un za-

pato. Y después habría empezado a contar, pero no por el principio, sino por el lugar adonde lo indujera su impulso, el azar o el escándalo de la concurrencia.

De todos modos Lombardero jamás contó «La Cenicienta». Sus cuentos eran otros, distintos, propios. Los chicos suponían que los inventaba. Los grandes, que aspiraban a llamarse suspicaces, se permitían sospechar que eran de algún autor cuya identidad Lombardero voluntariamente les ocultaba.

Nunca nadie pudo sacarse la duda, porque en los años noventa el circo dejó de detenerse en O'Connor. Cosa curiosa: nadie es capaz, ahora, de recordar completo ninguno de esos cuentos. En los días malos los vecinos piensan que se les extravió la memoria. En los buenos lo atribuyen a la insólita maestría de Lombardero para enredar las historias, para llenar la mesa con naipes inverosímiles, para ser el único que podía encontrar el orden capaz de ubicar las cartas en su lugar. Una por una.

A veces habla la gente, en el pueblo, de la noche de la Usina. Pero siempre de manera parcial, confusa e inconexa. En general se refieren a dónde estaba cada quien, a qué hicieron durante el apagón y la tormenta, a lo que pensaron cuando se enteraron de que había sido un sabotaje, a lo que sospecharon después con respecto a los culpables. Pero nadie puede contar la historia completa. Ni abarcarla, con sus pormenores, sus antecedentes y sus consecuencias. Son demasiados hilos enredados. Se supo de un periodista de Buenos Aires que viajó hasta O'Connor con la idea de indagar en el asunto. Se quedó varias semanas, pero terminó volviéndose con las manos vacías. No fue falta de voluntad de los testigos. Más de uno se sentó largamente con el forastero a contarle lo que sabía. Pero ese es el problema. Aunque junten a todos, aunque eslabonen con cuidado obsesivo todas sus palabras, sus recuerdos y sus sospechas, hay cosas que quedan sin saber, sin explicar y sin entender.

No es porque sí que sucede esto. Es porque los que saben la historia son apenas unos pocos, un puñado de personas. Y son los que estuvieron. Los que la pensaron, la prepararon y la llevaron a cabo. Y aunque están entre nosotros, y son parte de nosotros, fingen saber lo mismo que el resto. Es extraño. Uno podría pensar que en un pueblo chico como O'Connor no hay modo de guardar un secreto. Y sin embargo la noche de la Usina es un secreto. Un secreto a medias, es verdad. Un secreto hecho de asuntos sabidos y confundidos a propósito, o por azar, o por las dos cosas.

Por eso hace acordar a Lombardero. Porque parece que hubiese sido él, sentado en ese banco viejo bajo la luz central de la pista, el único capaz de contar esta historia. Si esta fuese una de sus noches de circo, Lombardero miraría alrededor, haría una pausa teatral y, alzando la mano, enumeraría algunos de los elementos que componen esta historia. Diría que en ella hay un villano, un accidente de autos y un gerente de banco que huye pero termina alcanzado por la muerte. Un tipo que sumerge una topadora en la parte más profunda de la laguna y un muchacho que escapa para siempre. Una chica enamorada, unos cables eléctricos enterrados a lo largo de kilómetros y un hombre que llora porque sabe que jamás será feliz. Un albañil rencoroso a punto de morir y una estación de servicio en el empalme de la ruta.

Lombardero terminaría su enumeración con otro silencio, igual de teatral, y con una sonrisa torcida. Diría que ve la confusión pintada en los rostros de su público. Así, exactamente, lo decía: «Veo la confusión pintada en vuestros rostros». Y agregaría que no se preocupasen. Que él disponía de las claves para contar esa historia. Y que si había que ponerle algún título a esa historia, el título podría ser... «La noche de la Usina».

Primer acto
Un corazón que deja de latir

1

Dicen los viejos que hubo un tiempo en que las cosas andaban bien en O'Connor, aunque les cuesta mucho ponerle fecha a esa época de abundancia. «Acá...», dicen con un gesto amplio de la mano que señala las casas y el campo alrededor, hasta el horizonte, «No sabés...», agregan, sin mayores precisiones. Pero esperan que quien los escucha sí sepa, que entienda que se refieren a un tiempo en que todo era progreso. Hablan de la época de sus propios padres, o de sus abuelos, unos italianos anarquistas que vinieron y fundaron Colonia Hermandad en 1907. Y se refieren a que vinieron sin nada, o casi, y que en quince o veinte años le dieron forma al pueblo. Y dicen que cambiarle el nombre, como se lo cambiaron décadas después, fue un error que trajo la mala suerte.

Los jóvenes se preguntan si dicen la verdad. Si será cierto. En realidad, viendo este pueblo chato y entristecido, siempre igual a sí mismo, les cuesta imaginarse un tiempo en el que sí, las cosas eran buenas y el futuro se palpitaba como progreso.

Por algo tantos muchachos, cuando terminan el secundario, optan por irse. Los más inteligentes o los más sacrificados se van a estudiar a La Plata y terminan siendo abogados, médicos o contadores. Claro que además de inteligencia y sacrificio necesitan plata, porque si son hijos de las familias pobres no se van a ningún lado, se sacrifican lo que se sacrifican.

Los pobres siempre se quedan. Los pobres y los que fracasan. Los que no terminan de estudiar se vuelven. Como si la ciudad los vomitara. «Por burros o por hara-

ganes», concluyen las vecinas, que no se andan con vueltas al momento de ponerles nombre a las cosas. Si vienen en tren le piden a alguien que los acerque, porque el único servicio que para en la estación es el nocturno, y nadie quiere caminar esos tres kilómetros que separan la estación y el pueblo en mitad de la noche. La ventaja de llegar así, tardísimo, es que el fracaso se mantiene subrepticio por algunas horas o algunos días. Le da tiempo al recién llegado de armar una coartada, un decálogo de razones. «Volví porque extrañaba. Volví porque me necesitan en casa. Volví pero por un tiempo. Volví pero me voy a volver a ir», es lo que dice el repatriado. «Volví pero no se rían de mí porque me voy a ir a la mierda, ya van a ver», es lo que piensa.

Los que consiguen permanecer en La Plata o Buenos Aires o Rosario hasta alcanzar un título ya no vuelven. Regresan de visita, claro, para las Fiestas o las vacaciones. Se los recibe con asados pantagruélicos y la conversación se prolonga hasta que se hace de mañana. A los idos y los permanecidos les gusta comprobar que siguen teniendo cosas en común. Que pueden entenderse. Que se siguen queriendo. Pero no es suficiente. Ya no encajan. La vida de los que estudiaron es otra y queda en otro lado. Por eso lo mejor es que se queden pocos días. Si no, ellos y los que no han podido se sienten defraudados.

Está bien que vengan. Y está bien que se vayan. Para que los que se quedaron puedan extrañarlos y para que los idos sientan que, llegado el caso, pueden volver. Aunque no sea cierto. Porque ninguno vuelve, salvo de visita. Hay algo que se corta, que se mueve de su centro o de su sitio. No está ni bien ni mal, pero es así.

Cuando en esas sobremesas tardías se les da por discutir estas cosas, algunos traen a colación el caso de Fermín Perlasi. Lo dan como ejemplo de un tipo que se fue muy joven y le fue bien y volvió y se quedó acá. Y es verdad. Pero el caso de Perlasi es diferente. Primero porque su

viaje y su regreso sucedieron hace muchos años. Más de treinta. Y las cosas, tal vez, en ese momento eran distintas. Y además porque no se fue a estudiar, sino a jugar al fútbol. Se fue de muy chico, con dieciséis, o diecisiete. Y la verdad es que triunfó. Se hizo famoso, con la fama de esa época. Es decir, una fama de salir en los diarios, en *El Gráfico*, en el noticiero de la televisión tres o cuatro veces. Dicen que una vez fue tapa de *Gente*; pero dicen, porque ninguno en el pueblo vio esa tapa y a Perlasi no le gusta alardear. Logró una fama que no significaba hacerse rico, aunque sí significase ganar plata.

Porque es cierto que Perlasi volvió con plata. Con mucha plata. Por lo menos, vista desde los horizontes de O'Connor, era mucha. ¿Cuáles eran, en 1971, cuando Perlasi volvió al pueblo, los grandes negocios que podía comprar, si no se hubiera decidido por la estación de servicio? La mueblería, que se había ampliado mucho y vendía televisores, radios y equipos de música. El restaurante de la plaza, que tenía de un lado pizzería y del otro menú a la carta. El hotel, en una de esas.

Pero Perlasi no sabía nada de hacer negocios e intuía que la estación de servicio sería más sencilla. Tal vez tuvo razón. Por eso compró la estación. La estación vieja, diríamos ahora. Porque hay dos. Pero en ese tiempo era la única. Ahora no, porque también está la nueva. La otra, la nueva, es la de Fortunato Manzi. Está sobre el asfalto, también nuevo, que sale derecho a la ruta 7. Pero Manzi no es de O'Connor. Es de General Villegas, la ciudad, la cabecera del partido. Villegas es otra cosa. Lo mismo que Manzi.

2

Hace tanto calor que después de cenar prefieren sacar las sillas afuera, para esperar la medianoche.

—¿Vamos allá, debajo de los eucaliptus? —pregunta Fontana.

—No. Mejor acá. Corre un poco más de aire.

Ponen las sillas en la vereda angosta de baldosas, en el contrafrente del edificio. Al otro lado está la estación de servicio, con sus surtidores y su playón de cemento cuarteado y el parador.

—Acá se está mejor —dice Perlassi.

Silvia se asoma desde el frente.

—¿Traigo los turrone y las nueces para acá?

—Sí, gorda. Corre un poco de aire, por lo menos —asiente Perlassi.

Los hombres se quedan en silencio. Fontana toca la pava para comprobar que el agua sigue caliente. El mate puede esperar un rato. Silvia se aproxima con una fuente rebosante de confituras.

—¿Esperan a mucha gente? —pregunta Fontana, sonriendo.

—Lo que sobra de acá lo llevamos a la Cruz Roja para darle de comer a Etiopía entera durante cinco meses —ironiza Perlassi.

—Oíme, Cruz Roja, si querés podés ayudarme, en lugar de quedarte ahí sentado como un pazguato.

Perlassi ignora el comentario. Fontana hace además de incorporarse, pero el otro lo disuade con un gesto.

—Dejá. Lo dice para joder, nomás.

Una brisa sacude la fronda de los eucaliptus y les deja un rumor fresco, liviano. Fontana consulta su reloj y comenta:

—Falta media hora para las doce.

—¿Abro una sidra?

—Esperá. No hay apuro.

Fontana mira la pava. No tiene ganas de cebar.

—Si estuviéramos en un programa estúpido de tele tendría que preguntarte cuáles son tus proyectos para el año que empieza, Antonio.

—Peor, Fermín. Esta vez es el milenio. Así que la pregunta es más ambiciosa: «¿Qué espera usted para el milenio que viene?».

Silvia deja la botella de sidra y tres copas y vuelve adentro.

—¿El milenio empieza este año o empezó el año pasado? —pregunta Perlasi.

—Otro debate interesantísimo —considera Fontana—. Pero si esto fuera la tele nos pondríamos a hablar del Y2K.

—¿De qué?

—El Y2K, Fermín. ¿Viste eso de que en una de esas las computadoras interpretan que el cero uno de 2001 es el de 1901?

—¿Pero puede pasar algo así?

—Yo qué sé. Dicen que sí. Hay empresas que se gastaron una ponchada de guita para precaverse.

Silvia vuelve con un táper lleno de frutillas recién lavadas y lo deja sobre la mesita. Por fin se sienta.

—La ventaja de estar en la lona es que estamos más allá del Y2K, entonces...

—Ajá.

—¿De qué están hablando? —se interesa Silvia.

—Nada, gorda. Eso de que las computadoras se pueden enloquecer con el cambio de milenio.

—¿Enloquecerse por qué?

—Por el cambio de año. Pero en O'Connor da lo mismo, Silvia —interviene Fontana—. No hay laburo. No hay computadoras. No hay un carajo. Estamos vacunados contra el progreso y todas sus consecuencias.

—Las buenas y las malas —corroborra Perlassi.

—Las buenas y las malas.

—Hablando en serio —Silvia se dirige al invitado—: ¿Qué te imaginás que va a pasar?

—A las doce es fin de año —dice Perlassi.

—Estoy hablando en serio y no te estoy preguntando a vos, tonto.

—Ah...

Perlassi apoya un dedo sobre la botella de sidra, que se ha cubierto de gotas de agua recién condensadas. Lo deja resbalar desde el cuello hasta la base de vidrio verde.

—Veamos —Fontana carraspea—. Lo de «un peso, un dólar» lo van a dejar como está, porque si lo tocan el país se va a la mierda.

—¿Tan así?

—Ajá. Hay cualquier cantidad de gente que debe un montón de guita. En dólares. No lo van a tocar. Y como no lo van a tocar, la única es que sigan pidiendo guita afuera para tapar el agujero.

—¿Y les van a seguir dando?

—Les van a dar cada vez menos guita, y cada vez más cara. Hasta que llegue un momento en que no les van a dar más.

—¿Y cuando pase eso?

—El país se va a la mierda.

Se hace un silencio. Perlassi empieza a despegar el papel metalizado del corcho de la sidra, pero entre la humedad y el pegote se le hace difícil.

—Y como el dólar está regalado están entrando un montón de cosas importadas por dos mangos. Y así no hay fábrica que aguante. Así que cada vez van a rajar a más obreros. Y cuanta más desocupación, menos consumo.